

gratitud que nos liga á nuestros abuelos y á nuestros nietos, considerando, á ejemplo de Pascal, la sucesion de los hombres, como una sola persona que subsiste y aprende continuamente.

La antigüedad respira una juventud eterna en aquellos hombres de carácter grande y completo que á un mismo tiempo descollaban como ciudadanos, estadistas, literatos y capitanes; en la variedad de sus sistemas políticos, y en la originalidad que conservaron los pueblos, formándose cada uno de por sí antes de entrar en la gran combinacion universal. Por el contrario, los Estados de la Europa moderna, excepto uno, presentan mas uniformidad de instituciones, religion, costumbres, y cultura; pero el estudio de su política y economía es necesario para conocer el progreso ó los puntos de descanso de la humanidad.

Algunas veces el interes proviene del modo con que los hechos nos han sido transmitidos. Si Tucídides (no hablemos de las bellezas de su estilo) nos describe una guerra con profundo conocimiento del corazón humano, de la vida pública, ó de los secretos resortes políticos, desearíamos detenernos en él para acostumbrarnos á sus reflexiones. El estilo sombrío de Tácito nos hace meditar en los tiempos en que Roma parecia haber llegado á su mayor altura, en tanto que sus vicios y crímenes la tenían suspendida sobre el abismo; y la sagaz penetracion de Maquiavelo nos induce á mirar con interes la parcialidad de dos pequeñas facciones en una ciudad de escasa importancia.

Enciclopedia de la Historia.

Pero ni la ambicion, ó la razon de Estado, ni la guerra, grandioso desarrollo de la humana fuerza, ni la paz, suprema aspiracion de los gobiernos, deben llamar exclusivamente la atencion de la Historia. Demasiado parcial sería esta si no considerase mas que los actos del hombre y no sus sentimientos y raciocinios; si entre los acontecimientos no tratase de inquirir la idea de lo útil, de lo justo, de lo bello, de lo cierto y de lo santo; esto es, la industria, las leyes, las bellas artes, la filosofía y la religion, elementos todos con los cuales se engrandece la humanidad. Porque no siempre las mejoras materiales caminan al compas de las intelectuales ó morales: puede la causa mas santa ser derrotada; y la espada al terminar la existencia política de la Grecia y de la Italia, no ha exterminado sus frutos; por lo cual la Historia, poniendo á la vista la herencia que dejaron á las sucesivas generaciones, debe entonar un himno sobre sus ruinas. Y supuesto que en los continuos esfuerzos del espíritu para ensanchar los límites de la materia, todo debe propender á dilatar la inteligencia en el campo de la variedad, conduciéndola á un centro comun, conviene que el que tome á su cargo la tarea de escribir la historia del hombre adquiera conocimiento del orden general del saber humano, y lo refiera á un elevado objeto. En efecto, ¿qué valen las ciencias que no se re-

fieren al bien del hombre? ¿qué vale el hombre cuando no se refiere á Dios?

Debe, pues, remontarse el historiador al origen de los conocimientos y de las instituciones civiles y religiosas, no con arreglo á sistemas abstractos, sino dilucidando y meditando los hechos; de donde aparece que el hombre, en el orden de los seres, no sería cuando mas sino el primero, ó acaso el mas salvaje y desventurado de los animales, si el Criador no le hubiese concedido desde el principio la facultad de dirigir una mirada á su esencia, enalteciendo su conciencia hasta ponerlo en relacion con el mundo invisible, y haciéndole ver por término de su carrera una eternidad de premios ó de castigos. Apartándose de esta primera revelacion, y descendiendo desde el culto de las ideas hasta la idolatría de la materia, tradujo aquella verdad con formas ó signos mas ó menos nobles, mas ó menos significativos; y de aquí nacieron las varias religiones, que en vano otros pretenden deducir del progresivo desarrollo de la razon.

El historiador acepta el misterio, comparable al sol que deslumbra á quien fija en él la vista, y que sin embargo esparce su claridad sobre todos los objetos. Contemplando á los rayos de aquella luz la mitología de los pueblos, ve en la India confundido á Dios con el universo, divinizada en Grecia la naturaleza sensible, la espiritual en Egipto con la magia, en Roma la patria; y en todas partes observa las religiones, alterando un fondo de verdad segun el genio de cada país, y con arreglo á la organizacion y al aspecto, bajo el cual la creacion se presenta á sus ojos.

En la industria encuentra tambien el historiador la medida del bienestar de los mas; de las leyes deduce el grado de civilizacion; puede desdeñar alguna prueba inútil y añadir por su parte algo que contribuya á producir un estado social mas satisfactorio; y en cuanto á la expresion del pensamiento que caracteriza particularmente á cada pueblo, la deduce de la filosofía, ciencia de las ideas generales demostradas racionalmente, cuyos esfuerzos se agregan á los de la razon para abrazar conocimientos mas generales y completos.

La literatura, infinita, alegórica, portentosamente variada en la India; respirando amor, orgullo, venganza, independencia voluptuosa y feroz en la Arabia; en tanto que repite rivalidades de tribu, violentos deseos y sentidos lamentos; inspirada en la China por el culto doméstico, por una moral estrecha y hasta trivial, y una elevacion de miras sin entusiasmo y solamente hábil en minuciosos detalles; en la Judea, poderosa por su superior inspiracion é inflexible vigor; en la Grecia, toda armonia, perfeccion y equilibrio, pero limitada á la belleza de la forma; en Roma, altisonante y patriótica; erudita y coleccionista en la corte de los Ptolomeos; polémica en el Bajo Imperio; de severa y dolorida uniformidad en los Edas escandinavos y en los Sagas Islandeses, enteramente consagrada á lu-

char contra una ingrata y avara naturaleza, y contra las potestades misteriosas; dura, sencilla y mística en el poema alemán de los Niebelungen; brillante y frívola con los Provenzales; nacional, religiosa y luego fácil, armoniosa, sensual y burlesca en Italia; mas altiva que donosa en los Españoles, católica hasta la exageracion, refinada en la galantería, marcial y rica de espontáneo vigor; en Francia llena de buen criterio, de templada armonía, mas clara que apasionada, mas rica de ingenio que de imaginacion, y por lo demas jocosa, social, perspicaz y activa; en Inglaterra, concisa, calculada, mediatunda, experimental é inexorable escrutadora; vigorosa, ideal, erudita, modesta y sentimental en Alemania; la literatura, volvemos á decir, considerada bajo estos aspectos, ¿no retrata en cada pueblo la nacionalidad y los tiempos? ¿No da por resultados otras tantas conquistas de las cuales ninguna se ha perdido?

Mucho importa, pues, conocer la sucesion de las obras del ingenio, es decir, la historia de las letras, supuesto que por ellas se deduce la conexion entre el arte y la fe, entre la filosofía y la sociedad, y se demuestran los estados por que han pasado el alma y la imaginacion. Mas para tamaña empresa se necesita una elevada critica que no se detenga en minuciosidades, ni se pague exclusivamente de la exactitud, sino que se insinúe en el espíritu del autor y de su época; que perdone al genio sus desigualdades, extravagancias y desvarios; que recoja el sentido de la variedad, admirando lo bello que constantemente transpira por entre las formas, mudables segun las épocas y países; que estudie al autor en la totalidad de sus relaciones; que viva con él y en el mundo que le rodea; que comprenda el íntimo enlace de la idea de un hombre con la de sus contemporáneos, y reproduzca los tiempos pasados por medio del pensamiento.

Así como ninguna gran nacion ha carecido de poesía, tampoco ha carecido de bellas artes. Veremoslas desenvolverse del jeroglífico, y conducidas por los dioses, por los conquistadores ó por los tesmóforos, marchar peregrinas, ora entre las pagodas de Brama, ora por las tiendas de los Tartaros de Samarcanda, ora bajo los minaretes de Bagdad con los Abasidas, ora entre las armas en Córdoba, ya con los papas en Roma, ya en Francia con los reyes, ó bien en América con la libertad. Y donde quiera que se alberguen varían de aspecto segun las instituciones y la naturaleza: si en Egipto imitan la gruta, la tienda del nómada en Arabia, á orillas del Ganges los inmensos cercados de los árboles que replegándose hácia tierra extienden sus ramas; en Babilonia rivalizarán con la esbeltez de la palmera, hasta que en Grecia obtengan una exactitud, mutilada quizá, pero melodiosa, y aquel ideal, que es la expresion de los bellos y grandiosos pensamientos comunicados al alma por el intermedio de las formas.

Tambien merecen los grandes hombres que la Historia se detenga á contemplarlos: son la glo-

ria de nuestra raza, la prueba mas viva de la libertad humana en lucha con la fatalidad, y conviene ofrecerlos en contraste con tantas miserias como el mundo nos presenta, y con las que una hipocondría débil y desamorada, intitulándose filosofía escrutadora, se complace en buscar entre el fango de una edad egoísta. Al aspecto del heroísmo y de la virtud se detiene el historiador con la complacencia que experimenta el viajero á la vista del árbol que va á darle consuelo con sombra y reposo.

No ha habido nunca un tiempo mas oportuno que el nuestro para dar color á tan gran cuadro. La erudicion, aunque indispensable para la Historia, no es historia: atentos los eruditos á los libros, se olvidan frecuentemente de los hombres, de la civilizacion y de la naturaleza; apoyan en textos lo que la naturaleza ha desmentido, y pretendiéndose infalibles, vilipendian aquellos presagios por cuyo medio tantas veces se ha progresado. Ahora no obstante ha interrogado la erudicion á los autores con otro objeto, buscando ménos las palabras que el pensamiento y las revelaciones sobre puntos á los cuales el estudio de las ciencias económicas, administrativas y comerciales, ha dado importancia. No contentándose con las lenguas clásicas, ha fundado sobre las de la mayor antigüedad el conocimiento de las letras, de la historia, de las creencias de aquel mundo oriental del que se confesaba discípulo el Occidente, aun desde los tiempos de Pitágoras y Platon, y que cada dia se considera con mas razon como la cuna de las ciencias religiosas y profanas. Con el mismo ardor que en el siglo XV se renovaba el estudio de la literatura griega y latina, se renueva hoy el de la literatura oriental, pero con mas elevado intento, y en la persuasion de que el genio de un pueblo es el de su lengua. Intrépidos viajeros han acudido á aquellas inagotables minas de monumentos; en las naciones mas cultas se han establecido escuelas de los idiomas orientales; escríbense periódicos en estos idiomas; sociedades de literatos se someten al fastidio propio y á la indiferencia vulgar por esparcir nuevas luces sobre los principios de la humanidad, sobre el sentido y sobre el espíritu de la sociedad primitiva. Champollion, Rosellini, Young, Wilkinson; Peyron y otros han obligado al Egipto á revelar su misterioso lenguaje: otros sabios han examinado las ruinas de Ayodhia y de Elefantina, pidiendo á la espirante civilizacion la explicacion de la antigua, y descubriendo una literatura que supera á las conocidas, cuanto las colosales excavaciones de aquellos países sobrepujan á la mole de nuestros templos. Jones, Colebrooke, Wilson, Carey, Wilkins, Hodgson entre los Ingleses; entre los Franceses Burnouf, Chezy y Pauthier; entre los Alemanes, Bopp, Rosen, Frank, Lassen y los dos Schlegel nos han revelado la India, con su sentimiento religioso tan profundo y elevado, con su pensamiento filosófico, tan ardiente y trascendental, con su

Progreso de los estudios.

imaginación tan poética y gigantesca, con su naturaleza tan fecunda y maravillosa. Sacy ha dado á conocer las literaturas persa y árabe, y formado una escuela en Francia, que continuando sus investigaciones, mejor que con el generoso Anquetil-Duperron, ahora con Rask y Burnouf nos llama á oír la voz de Zoroastro que los siglos hicieron enmudecer: el mismo Burnouf, siguiendo las huellas de Grotefend y Saint-Martin, promete el conocimiento de la escritura cuneiforme, mientras parece que la Fenicia en vano pretende mantenerse ignorada. El imperio otomano no oculta nada á las indagaciones de Hammer; Remusat, Biot y Julien nos familiarizan con la China, y Klaproth y Smiht nos han introducido entre los pueblos mas ignorados del Asia Média.

Así han cedido el derecho de lenguas madres, la latina y la griega, de pueblos primitivos, los Egipcios y Persas: la India nos muestra en ella anticipados los sistemas de Pitágoras, de Aristóteles, de Epicuro y de Pirron: la filología explica emigraciones anteriores á toda memoria, y señalando en el sanscrito las raíces de las lenguas franca, rusa, alemana, griega, latina, céltica, y lituana, prueba, comparando los idiomas, que los primeros Celtas salieron del interior del Asia, lanzados hácia Occidente, donde despues los siguieron los Germanos, los Eslavos, luego los Latinos y por último los Griegos.

Con otro tanto cuidado se han atesorado monumentos de todas clases, que manifiestan la condición civil y política de pueblos lejanos ó que han desaparecido. Por amor al oro los mercaderes, por el de conquistas los guerreros, por el de la gloria los hombres de ciencia, y por el de las almas los misioneros, han penetrado en las partes mas recónditas, escudriñando los escombros de los santuarios del gran imperio, y las abiertas pirámides de Ipsambul; comparando los sepulcros del Himalaya con los de Islandia, las ruinas de Persépolis con las de Palenque, y los vasos de Etruria con las artes conservadas por la lava de Herculano y con los simbólicos cilindros de Babilonia.

La geología y la paleontografía, ciencias nuevas, á la par con la filología y con la anticuaria, la numismática, la geografía y la astronomía, suministran noticias y apoyo de razones á la Historia, para que con mas seguridad dicte los oráculos de la experiencia. Despues de un siglo que habia forzado á las ruinas de los templos á dar testimonio contra el Cielo, y á las ciencias á hacer la guerra á su Dios (1), ¡qué maravilla fué ver por los profundos estudios hechos sobre los mitos, confirmada la verdad de aquella primera palabra, de la que estos eran derivaciones falsificadas por el desacuerdo entre las facultades del alma, al mismo tiempo que los descubrimientos de Cuvier aumentaban aun la fe humana en el Génesis; los de Klaproth y Humboldt demostraban la union primitiva y la sucesiva

(1) *Deus scientiarum Dominus; I. Reg., II, 3.*

división de las lenguas; los de Blumenbach corroboraban la unidad de la raza humana, y los viajeros la confirmaban con la estupenda semejanza de civilización entre el Egipto, la Irlanda, la India, Méjico y la Nueva Holanda! Así se ha reconciliado el saber con la religión, y así aparece cada vez mas verdadero aquel proverbio que *el libar la ciencia hace á los hombres incrédulos, y el beberla á grandes tragos les vuelve la fe.*

Cuando los estrepitosos acontecimientos modernos amenazaban acabar con las memorias y cambiar todas las relaciones existentes, la Europa, como por un efecto de reacción, con súbito y no pensado ardor comenzó á desenterrar los monumentos de lo pasado, y á registrar los archivos; y de los diplomas y de las crónicas despreciadas sacó importantes revelaciones sobre la sociedad de donde la nuestra procede; persuadiéndose que para avanzar con franqueza, es necesario volver atrás, y tomar las cosas desde su origen. Tantos descubrimientos no podrán completarse mientras que á ellos no converjan todas las fuerzas morales, distraídas ahora en la lucha; los primeros surcos, sin embargo, nos han puesto en el buen camino, cuya dirección conocemos, aun cuando no la salida.

Fué para esto muy ventajosa la aproximación de todas las naciones, facilitada por las armas, las letras y el comercio; aproximación representada en el órden físico por la pila de Volta, que explica cómo el choque de dos cuerpos desarrolla bastante actividad para las lentas cristalizaciones diarias y para la súbita transformación de rocas enteras. La guerra en adelante vela por la paz; la necesidad, el comercio y el pensamiento reúnen á los Estados en una gran familia, en la que cada día se disminuyen mas las excepciones; en la que, desarraigadas las preocupaciones nacionales, solamente sería considerada como bárbara la que llamase bárbaras á las demas. Cuando se hace un descubrimiento en un país, rápidamente se propaga á todos, y un Galileo, un Newton, son conocidos en breve del uno al otro extremo del mundo. Ese flujo de periódicos, al paso que difunde los conocimientos entre la multitud que escucha y cree, anuncia á los sabios que piensan y raciocinan cada paso que da la civilización; leales traducciones dispensan del conocimiento universal de las lenguas, para el cual no bastaría una vida; y el grabado y la litografía ponen á la vista de todos los monumentos, de tal modo que puede, aunque imperfectamente, conocerlos tambien el que no tenga la incomparable inspiración de los sitios. La comparación de las relaciones de los viajeros ahorra aquellas peregrinaciones que eran indispensables á sus antiguos para conocer el pequeño mundo de entónces. No forman ellos de la geografía una nomenclatura de tierras y confines, sino un auxiliar para encontrar en las circunstancias de los lugares la razón de las instituciones, pues que los nuevos países descubiertos han dado á conocer á la especie humana bajo todos los climas, con las modifica-

ciones producidas en tantos siglos por las causas naturales y por las leyes. Pueblos que en la decrepitud no conservan mas que algun vestigio de la primitiva constitución; otros que apenas aventuran los primeros pasos en la vida política nos han proporcionado el mejor comentario de la Historia antigua. La corte de los Soffis explica la de Ciro, como los jeroglíficos de Egipto han sido comprobados por los Mejicanos. Sobre todo, este incremento de los estudios especiales, á cuyo favor las ciencias se fecundan unas á otras, generalizan las propias leyes y multiplican sus lazos, y hace que las verdades generales puedan desarrollarse de una manera mas concisa, sin pecar de superficiales.

Las borrascosas vicisitudes de nuestro siglo ¿cuánto no han aumentado la pública y la privada experiencia? Su carácter particular parece que es revelar las causas generales, reasumir largas series de hechos, y poner en evidencia las leyes que rigen la vida de las sociedades antiguas y modernas. Entre aquellas vicisitudes, dejando á un lado muchas creaciones de los tiempos oscuros, el espíritu, despues de haberlas abatido con su carro triunfal, se vuelve á considerar sus ruinas sin el despecho del pavor. Derribadas para siempre las prerogativas feudales, los jurados, el ejército nacional, el Comun, las asambleas electorales, que suceden á los tribunales, á los ejércitos permanentes, al régimen administrativo, á la nobleza hereditaria, nos hacen comprender mejor la antigüedad, los tumultos del foro, las elecciones por curias, la oposición legal del tribunado, y las ciudades que se defendían, administraban y juzgaban por sí mismas.

Se ha dicho que para describir bien los sucesos es necesario haber tomado parte en los movimientos políticos, porque la experiencia de las cosas corrige lo absoluto de las teorías, y el hábito de considerar la marcha social, conduce á descubrir su verdadero sentido. Tambien bajo este aspecto son oportunos para la historia nuestros tiempos, en atención á que, quitada la barrera entre los que instruyen y guían, y los que creen y siguen, el Estado no es ya un arcano, y las discusiones de las cámaras y los periódicos llaman á cada ciudadano á fijar la vista en los tronos y en los parlamentos, á conocer la prudencia política, las causas lejanas y los complicados resortes de la máquina social. Cuanto mas que la múltiple variedad de los cargos ha aumentado los lazos entre literatos y estadistas, entre las opiniones y las instituciones, pues todos tienen que hacer en el gran drama, aun cuando solo sea como los coros antiguos, para aplaudir ó vituperar. De aquí la necesidad de comparar lo que es con lo que fué; de aquí que la práctica desmienta á cada paso las teorías absolutas, adoradas por algunos hasta la obcecación; de aquí el espíritu de tolerancia que nos hace mas capaces de apreciar con exactitud aun lo que y no es oportuno, sin indulgencia, pero sin injusticia.

Tambien la literatura en general, adquiriendo cada vez mas activo dominio sobre los ánimos, se ha rejuvenecido con estos dos principios: que su fin es la utilidad moral, y que el medio de alcanzarla es la representación de la verdad. Ha debido por tanto escudriñar la Historia, si primero se contentaba con la fábula; representar personajes, no crearlos; prescindir de sí para identificarse con los demas: y si el nombre de Felipe II y de Rosmunda, ó la lectura de Guillermo de Tiro bastaban á Alfieri y al Tasso, hoy en las composiciones escritas ó pintadas apoya la fantasía sus vuelos en la verdad. La misma novela ha dado auxilio á la Historia penetrando en la vida, publicando las particularidades inobservadas ó despreciadas por los historiadores, y no mostrando solo los grandes personajes, sino aquel que es primer actor en el drama de la humanidad, el pueblo. No: sin el conocimiento de las costumbres, el que asiste á los acontecimientos se asemeja á quien ve las acciones de gentes cuya lengua ignora; y las cruzadas, y el emperador Enrique en el atrio de Canossa, son caracteres ilegibles para quien no los mira por el prisma de los usos y las opiniones de su siglo. La Historia demostrará que los frutos de la reforma fueron una guerra de treinta años, y los de la revolución francesa el trastorno violento de los límites de Europa; pero la arrogancia doméstica y pública, las excisiones en el corazón de las familias, las escenas de odio, de amor y de intriga, la alteración de los afectos mas sagrados, el escándalo de las personas piadosas, la vacilación de las almas timoratas, ¿cuándo habian encarnado los contornos de aquellos grandes cuadros? Ahora puede suplir el *Don Quijote* á Mariana; el *Ivanhoe* retrata la condición de los vencidos Sajones al frente de los Normandos, mejor que lo haría ninguna historia; los *Prometidos Esposos* revelan un mundo desconocido de padecimientos, de vicios y virtudes; y en los novelistas aprende mas actitudes naturales y humanas aquella Clio, que ántes no andaba sino llevando calzado el coturno y armada de puñal, como la musa de la tragedia (1).

Añádase á esto el estudio mas fiel y desapasionado del hombre, el cual, en la variedad de accidentes, es siempre el mismo en sustancia; y hace seis mil años nace con las mismas inclinaciones que enemistaron á los primeros hermanos; por lo cual, teniendo en cuenta el clima, la organización social y la religión, el hombre de hoy explica al hombre que en parecidas circunstancias ejerció su acción en los siglos pasados.

Socorrida por tantos medios, no es maravilloso que la Historia adopte otros modos de entender

Progresos de la Historia.

(1) Es curioso, sin embargo, que mientras Agustín Thierry reconoce tanto mérito histórico en Walter Scott, Roderer declama contra las novelas, diciendo que *les chefs-d'œuvre de Walter Scott nous vaudront plus d'une mauvaise histoire.* Histoire de François 1<sup>er</sup>. Introd.

y de exponer los hechos. Ya había dicho Bacon, que la historia del mundo sin la de las letras, del saber, de la filosofía, de la jurisprudencia y de las artes, era como la estatua de Polifemo sin un ojo, y que los cambios de la religión y de las opiniones dan impulso á los ánimos y á los gobiernos. Pero si fué escuchado, dígalo la mayoría de los historiadores, atentos á examinar los héroes que son el brazo, no las instituciones que son el corazón de la sociedad; á coger las flores atractivas antes que los frutos útiles; á acomodar la verdad á las bellezas convencionales, antes que á aceptarla, como viene, con sus caprichosos desórdenes; á calcular solo el motor aparente y las aparentes consecuencias de las intrigas de gabinete, de los ejércitos enviados á las fronteras, de las perpetuas hostilidades emprendidas sin razón, conducidas sin gloria, terminadas sin efecto, y que no prueban otra cosa mas que la pertinacia del germen de la discordia en el hombre.

El siglo que ha hecho, descubierto, sentido y pensado tanto, tiene derecho á rehacer la Historia, á juzgar desde su punto de vista peculiar la vida, las acciones y los sentimientos de los siglos precedentes, y á confrontar la historia pasada con la que él mismo hace. Una crítica severa y adoctrinada, pero no rencorosa ni exclusiva, busca la riqueza de un pueblo, no en los palacios de Temístocles y de Lúculo, sino en los talleres y en los campos; su felicidad, no en las leyes escritas, sino en su aplicación y en la parte de bienestar que correspondió á cada uno; examina la condición privada, la educación, las artes, el sacerdocio; el grado á que llegó la seguridad pública; el punto hasta donde fueron respetadas las mujeres; la medida en que se extendieron los beneficios; la facilidad mayor ó menor de las comunicaciones; la poca ó mucha armonía entre los pequeños y los grandes, entre los ignorantes y los doctos, entre los gobernantes y gobernados. Podrá haber dado Atenas á la tribuna los mejores oradores, sin que por eso se crea que constituyó el mejor gobierno. Las palabras de libertad, república, monarca, tienen muy diversa significación en Esparta y en Suiza, en Grecia y en Roma, en Persia y en Inglaterra; ni basta el nombre para que se crea triunfante la libertad en Maratón y perdida en Accio y en Filipos. No hay tampoco causas pequeñas de grandes hechos; ni se ha de aceptar el éxito de la guerra como síntoma del mérito moral de un pueblo. ¿Quién cree ya que las cruzadas fuesen promovidas por la voz de un oscuro ermitaño, la reforma por una disputa entre frailes franciscanos y agustinos, ó la independencia de América por los impuestos gravosos? En la guerra que á esta sucedió, sucumbe la Inglaterra y se eleva á desmesurada grandeza; en la de los Siete Años, vence y se arruina: Napoleón dicta soberbiamente la paz en Tilsit, y allí principia su caída.

Morali- Que si por una parte el contraste aun vivi-

simo entre las opiniones propende á hacer vada de la Historia, ciliar el juicio, por otra la Historia, además de que adquiere con este nuevo calor, se siente llamada al santo ministerio de corroborar los sentimientos generosos y extinguir los personales. Debe ser bueno el historiador, no autor del vicio ó de la tiranía; debe ser amante de su país, del pueblo y de los oprimidos, y tanto que quien no lo sea, es preciso que lo finja. El hombre se aprovecha mas que de otra cosa de la experiencia propia, y se paga de sus propias reflexiones mas que de otra alguna; por lo cual el arte consiste en dejarlo reflexionar y juzgar. Hoy la Historia, ocupada en enseñar, pero narrando hechos eminentemente morales, no forma trillados axiomas de vulgar política y de generosidad comun, sino que contemplando á los hombres como hombres, sin consideración á fama, á condición ni á patria, pronuncia intrépidas sentencias según el derecho y la verdad. Prescindiendo del fausto de una dignidad artificial, que hacía confundir el esplendor con la felicidad, la fortuna del éxito con la bondad de la causa, cree deber suyo escribir para beneficio de los mas, para consolidar los lazos de afecto, de laboriosidad y de saber entre la humana familia, y para que con paz, orden y benevolencia camine á su mejora. Ya no se deja arrastrar por los grandes nombres, como el pajarillo que acercándose demasiado á la cascada del Niágara, se ve precipitado en la corriente por el ímpetu del aire; antes bien revisa muchos fallos, arranca las coronas á celebrados héroes para darlas al mérito, mas humilde y mas beneficioso. No ocultando la torpeza bajo la majestad, al alabar á Adriano y á Luis el Grande, recuerda á Antínoo y las dragonadas; si admira en los Persas la pureza de costumbres y la primitiva creencia en un Dios, unida á un noble ardor de gloria y de patria, en los Griegos la superioridad del saber y de las bellas artes, y en los Romanos el vigor de la voluntad, les pregunta qué uso hicieron de sus cualidades. En presencia de aquella elevada moral enmudecen las adulaciones; y antes que tolerar los encomios de Veleyo á Tiberio, ó la pluma de oro de Giovo, ni aun tolera los ciegos aplausos de Jenofonte á Ciro, de Eusebio á Constantino y de Eginardo á Carlo Magno. Una vez dijo un rey (1) que la Historia era un testigo, no un adulator, y que el único medio de obligarla al aplauso es hacer el bien: y un gran ministro del mismo país (2) añadía: « Mas ó ménos, cuando uno » se ocupa en negocios públicos, por alto que » se halle, viene á ser servidor; pero cuando » con seguridad maneja el compas de la re- » flexion y el buril de la Historia, entónces » reina. » Por tanto, la Historia, emancipándose de las preocupaciones de los tiempos y de los hombres, no cree que un delito pueda ser útil; condena á quien, como Helvecio, legitima todos los actos por la salud pública, y ménos cínica

(1) Carlos XII.

(2) Oxenstierna.

que Diógenes, intima á los grandes: *Apartaos para que vea el sol.*

Pero despues que el siglo pasado había juzgado sin narrar, se quiere en el nuestro narrar sin juzgar; y una escuela fatalista, convirtiendo los tiranos en enviados de Dios ó ministros de la necesidad, pretende petrificar al narrador para que vea los hechos, no los hombres, impasible ante el vicio, las virtudes y las catástrofes mas trágicas, considerándolas como necesarias, sin compasión por lo que cae, y sin esperanza respecto de lo que se eleva. Sin embargo, esa misma escuela en la aplicación indica bastante su parcialidad por la justicia y por el progreso, y se aproxima mas de lo que quiere á la escuela verdadera, la cual muestra al hombre libre en su propia degradación; cree que la verdad política separada de la verdad moral carece de fundamento; escribe la protesta de los individuos y de los pueblos que se sienten árbol de su voluntad, y secundan, con sus votos á lo ménos, los esfuerzos de quien separa el espíritu de la materia; sigue el progreso al través de los desastres, con el amor con que se siguen los pasos de un amigo en una peligrosa expedición, y ofrece á la virtud que sucumbe, si otra cosa no puede, la compasión, último derecho de la desventura.

Ideal  
históri-  
co.

Por todo esto, se hace aun mas grave el cargo de quien se eleva á hablar de historia á una generación, en la cual tanto se va aumentando el deseo de virtud, de verdad é inteligencia. En este caso el historiador debe haber meditado la antigüedad tal como ella misma se ha narrado; porque si pueden sacarse tambien los hechos de las copias, solamente en los originales se descubre aquel colorido que revela una edad, mejor todavía que la misma narración. Y cuando otra cosa no se consigue, se adquiriria el conocimiento del autor, cuya intrepidez ó servilismo, cuyo amor á lo antiguo, y cuyas investigaciones respecto de lo nuevo, indican la naturaleza de los tiempos: hablo de los escritores contemporáneos y originales (1), no de aquellos que aun cuando escribieron en lenguas clásicas, no hicieron mas que compilar y consignar sus recuerdos. Quien esté ejercitado en el estudio de aquellos, difiere del que se contenta con la lectura de sus extractos, como el que conoce un pueblo por relaciones de viajeros, del que lo ha visitado personalmente; y no hablo solamente de los historiadores, sino tambien de los poetas, de los filósofos, de los artistas, los cuales reflejan sus tiempos como el río las orillas por entre las cuales pasa. ¿Podrá jactarse nunca de conocer la Grecia quien la vea solo en Maratón y Queronea sin penetrar en las escuelas á razonar de Dios con Jenófanes y Platon, de la virtud con Sócrates y Zenon, de cosmogonía con los Pitagóricos, de clemencia con Gorgias, de hi-

(1) Principalmente Heródoto, Tucídides, Polibio, Tito Livio, César, Jenofonte, la Biblia, Homero, Píndaro, los poemas indios, los libros canónicos, chinos, etc.

giene con Hipócrates; quien no haya recorrido desde los huertos de Epicuro hasta el tonel de Diógenes, desde las cenas de Esparta á los mercados de Corinto, desde el estudio de Fídias á los talleres de Mileto? ¿Y quién mejor que los contemporáneos podrá guiarlo? El obsceno Petronio, el sutil Aristófanes, el sofístico Séneca, el tenebroso Licofronte, el débil Plinio el Joven, y Ciceron en las confidencias familiares, explicarán sus tiempos mejor que los historiadores: el Júpiter Olímpico, los obeliscos de Luxor, las ermitas de los Talapuinós completarán la inteligencia de un siglo y de una nación.

En lo pasado debe saber tambien penetrar el historiador con una imaginación que á todo se pliegue, una percepción tan exquisita que nada importante desprece, y un discernimiento severo que, entre las tradiciones lisonjeadas por la vanidad y la superstición, le haga distinguir la verdad que siempre hay en el fondo, de la falsedad de que la reviste la fantasía; y entre los monumentos alterados y desfigurados por la pasión, por la ignorancia, por el mismo genio que los transmitió á su manera, le ayude á descubrir el momento en que se constituyó un pueblo, si se formó por sí mismo ó por exterior impulso; qué espíritu dictó sus instituciones; cómo determinaron estas los sucesos; de qué modo fueron modificadas por aquellas cosas anteriores que, semejantes al dios Término, no quieren ceder el puesto á las nuevas; porque los hechos tienen una especie de generación continua, como los hombres, en la que nada comienza y todo se sucede. Cierto es que los escritores contemporáneos recogen muchos testimonios inmediatos, como han hecho Tucídides, Tácito, Guicciardini, De Thou y Botta; pero el ser contemporáneo no es ser verdadero, y la historia de Sócrates escrita por Anito será siempre despreciable. Por otra parte, el que narra hechos pasados, no sirve ya de testigo, sino de autoridad, y los que le suceden son depositarios, no fuentes, del conocimiento histórico. Quien preste atención á las conversaciones cotidianas, verá cuán fácilmente se altera la verdad (1), y mas cuando la pasión cambia el modo de ver, ó cuando para explicar los hechos se introducen sistemas imaginarios. Una vez introducida una falsedad, es muy difícil desarraigarla, y tal vez hasta el discernirla. Aquí está el trabajo de la crítica.

Pero así como en la astronomía los cuerpos lejanos engañan de tal manera que creemos reales los movimientos aparentes y estable lo que de hecho se mueve, así en la parte conjetural de la Historia algunos ven personajes en todas las ficciones mitológicas; otros transforman en mitos y caracteres poéticos hasta los seres mas ciertos; y mientras Brama, Saturno, Odín, se convierten en reyes y héroes, Homero,

(1) *Hic narrata ferunt alii, mensuraque facti Crescit, et auditis aliquid novus adjicit auctor.*  
Ovid. *Metam.* XII, 57, 61.